

CAP. XXXII. De tres Batallas, que los Castellanos tuvieron con los de Tlaxcalla, y otras cosas, que con ellos sucedieron.



UANDO pareció à los Tlaxcaltecas, que los Castellanos avian comido, con grandes fieros, Xicotencatl mandò, que dos mil Hombres fuesen à los Castellanos, diciendo: Id à tomar aquellos Hombres Rebofados, ò Vomitados de la Mar, y si se os defendieren, matadlos, y mirad, que hagais, como Valientes, pues sois la flor de nuestro Exercito, y vais apear por los Dioses, y por la Patria. Pasaron los dos mil animosamente la Barranca, y con mucha osadia llegaron à la Torre. Salieron à ellos los de à Caballo, y siguieron los Infantes, y al primer Encuentro conocieron los Tlaxcaltecas, quanto valian las Armas Castellanas. Retiraronse vn poco; pero bolvieron con doblada furia, y acabaron de desengañarse, que no convenia menospreciar tanto aquellos pocos; salvaronse los que acertaron con el paso de la Barranca, los demás quedaron muertos. Los Capitanes del Exercito, viendo lo que pasaba, con temeroso Alarido embistieron con todas sus Fuerças, y con tanto atrevimiento, que muchos Indios llegaron al Quartel, y entraron algunos, à pesar de los que lo defendian, y anduvieron à braços, y cuchilladas con los Castellanos, y por la multitud de los Enemigos, fue este Dia mui peligroso; porque se peleò en la Trinchea, y fuera, mas de quatro horas, primero que pudiesen hacer Plaça, cargando con atrevimiento los Indios, valerosa, y porfiadamente, hasta que viendo los muchos muertos, aflojaron. Espantados de ver que no mataban à ningun Castellano, teniendolo por cosa prodigiosa, y terrible, y como enojados de si mismos, rabiando peleaban; pero siendo ya tarde, se retiraron del todo. Durmieron los Castellanos aquella Noche mas contentos de saber, que los Indios no peleaban con la obscuridad de la Noche, que con la Victoria, aunque con buena guarda. Los Indios no por esto se

tuvieron por vencidos; aunque no se supo quantos fueron los Muertos, porque con grandissima diligencia, en caiendo muerto el Hombre, le arrebatában, y escondian. Juzgòse, que lo hacian por no defaminar à los suyos, y dar animo à los Enemigos.

Fernando Cortès, el siguiente dia, salió à la Campaña, quemò algunos Pueblos, y saqueò vno de tres mil Vecinos, adonde avia poca Gente de Guerra, porque la maior parte estaba en el Exercito; con todo esto pelearon, como por sus Casas, y Haciendas, aunque les aprovechò poco, porque murieron muchos. Pusòse fuego al Lugar, llevaronse muchos Presos, y se bolvieron al Exercito, al socorro acudia mucha Gente, la qual de miedo de los Tiros, y cansada por el gran calor, se retirò luego. El siguiente dia pareciendo à los Tlaxcaltecas, que en Lugares angostos se podrian mas aprovechar de los Castellanos, con palabras de soberbia, como las pasadas, les embiaron comida, deseando, que fallieran de las Trincheas, à parte angosta, como deseaban; pero con todo esto valerosamente embistieron. Pelearon cinco horas, con mucho corage, sin poder matar, ni prender à ningun Castellano, que era lo que mas deseaban; y procuraban. Murieron de ellos infinitos, porque como estaban apretados, el Artilleria, las Escopetas, y Ballestas, hacian gran riza. Finalmente, despues de mui cansados, mohinos, y corridos de no aver podido executar su ira, se retiraron desordenadamente diciendo: que los Castellanos debian de ser encantados, pues tan poca ofensa recibian de sus Armas. Otro dia de Mañana, los Capitanes embiaron à sus Mensajeros, que dixeran à Fernando Cortès: Señor, si eres Dios Bravo, cata aqui cinco Esclavos, para que comas; y si eres Dios Bueno, ofrecemoste Encienso, y Pluma; y si eres Hombre, toma estas Aves, Pan, y Cereças, que tu, y los tuyos comais. Era su intencion saber, si los Castellanos eran Hombres, como ellos, porque de no averlos podido vencer, ò matar alguno, juzgaban, que eran inmortales; y viendo por otra parte, que comian, y hacian las demás cosas, que los Mortales, estaban confusos. Fernando Cortès, cuiá discrecion en nada faltaba, dixo: Que todos ellos eran Hombres Mortales, como ellos, compuestos de las

CAP. XXXIII. Que los de Tlaxcalla embian à espíar el Exercito de Cortès, y que salió à la Campaña, y diò sobre los de Tzinpantzinco, y castigò ciertas Espías, y se buelve Xicotencatl à Tlaxcalla.



NO avia de la Torre, y Alojamiento Castellano, à la Ciudad de Tlaxcalla mas de seis Leguas, y cada dia sabia la Señoria, lo que pasaba; y porque todo su deseo de los Tlaxcaltecas, era vengarse de los Castellanos, viendo el poco remedio, que con la fuerza tenían. Bolvieron el Animo à la Industria, y para mas asegurar los Castellanos, y darles muestras de Paz, embiaron algunos Principales con vn Presente de Oro, y Pluma. (que para Tlaxcalla, adonde de todo esto avia falta, era mucho) Hicieron gran Acatamiento à Fernando Cortès, y el mas Anciano le dixo: Que la Señoria le besaba las manos, y embiaba aquel Pobre Presente, y que no era maior, por falta de voluntad, sino por la Pobreça de su Tierra, y que si otra cosa mandaba, le servirian de buen coraçon. Creiendo Cortès, que aquella Embaxada era verdadera, mui alegre les dixo: Que aunque estimaba en mucho el Presente, tenia en mas su voluntad, y que nada mas deseaba, que tenerlos por Amigos. Diòles algunas cosillas de Castilla, que tuvieron en mucho. Embiaron los Tlaxcaltecas otro dia cinquenta Indios, que en su manera parecian Honorados; llevaron mucha comida, preguntaban como estaba la Gente, y que pensaban hacer? Dixo Cortès, que todos estaban buenos, y les agradeciò el Presente. Y como Hombres, que tenían familiaridad, andaban por el Quartel mirando su Asiento, considerando las Armas, el Traxe, y lo demás, con los Caballos, fingiendo espantarse de todo; (aunque à la verdad la estrañeza, y novedad de las cosas, pedia admiracion en ellos) y mirando en ellos Teutl de Cempoalla, dixo à Fernando Cortès, que entendia, que aque-

llos mismas calidades, y que porque creian à vn solo, y Verdadero Dios, y le servian, los ayudaba, y ayudaria siempre, y que no le tratasen mentiras, pues todas avian de resultar en su daño; y que pues no les deseaba hacer mas daño, sino ser su Amigo, no fuesen porfiados. Con estas palabras dichas, blandamente los despidió, dandoles gracias por el Presente. Fueron otro dia, hasta treinta mil Tlaxcaltecas, deseosos de señalarse mas, que los pasados; pelearon tan bravamente, que fue Batalla mas reñida, que las pasadas; pero al cabo se retiraron afrentosamente; y es de considerar, que en diez Dias, que en aquel Alojamiento estuvieron los Castellanos, los mas de ellos probelian los Indios de Pan, Gallinas, y Cereças, solo para considerar la orden del Exercito, y su Aliento, si vian entrar Muertos, ò curar Heridos, y si estaban con mas, ò menos fuerças, y que semblante tenían; pero esta intencion no la hecharon de ver luego los Castellanos, antes alababan à los Indios, porque peleaban con solas las Armas; porque si la comida les quitáran, les hicieran gran daño, siempre que llevaban la comida, decian, que eran los Barbaros Otomies, y no Tlaxcaltecas, los que peleaban. En vna de estas Batallas, vn Indio Tlaxcalteca, Gañan, y bien Armado, peleaba tan valerosamente con dos Castellanos, que les daban en que entender, hasta que Larez el Herrador, diciendo: Verguença Castellanos; cerrò con el Indio, y aunque con fiereça, le aguardò con su Espada, y Rodela, le diò vna Lanchada por el Pecho, que le matò. Con todo esto era tan grande la Valentia de los Tlaxcaltecas, y sin numero su multitud, que todos juzgaron, que era el Divino Favor, el que los ayudaba, y no valor humano.



Los Hombres eran Espias, y que le parecia, que hablaban recatadamente con los Indios de Xicotlchitlan. Mandò luego Fernando Cortès, que se hechase mano del primero, que sin escandalo se pudiese tomar, y por las Lenguas le preguntò de su venida, y otras cosas, y con amenazas le confesò, que todos ellos avian ido à considerar las entradas del Quartel, y ver por donde podrian quemar las Barrancas: para lo qual avian acordado de ir con gran Exercito de Noche, pareciendo, que con la escuridad, eran menos de temer los Tiros, y los Caballos, y las Armas Castellanas. Y aviendose otros conformado con esta relacion, à vista de todo el Exercito, mandò cortar las manos à siete de ellos, y à algunos los Dedos Pulgares, (muy contra su voluntad) pareciendo, que para lo de adelante así convenia, y los embiò, para que dixesen à Xicotencatl, su Capitan, que lo mismo haria de quantas Espias pudiese aver; y que fuese, con su Exercito; porque siempre conoceria, que los Castellanos eran invencibles de Dia, y de Noche.

Gran temor pusieron estos Indios, cortadas las Manos, à la Gente de Xicotencatl, creiendo, que los Castellanos tenian algun espíritu, que les decia sus pensamientos, no se atrevieron à embiar mas Espias, ni mas Vituallas. Fernando Cortès entendida la determinacion de los Indios, reforçò las Trincheras, y fortaleciò todo lo demás, como convenia, estando muy sobre aviso, hasta que se puso el Sol, y reconociò ya que anochezia, que baxaba la Gente de el Exercito Enemigo, para executar lo que avia determinado. Y juzgando Fernando Cortès, que era mas sano consejo no dexarlos acercar al Quartel, por el daño, que el Fuego le haria, (si por caso lo pudiesen encender) les salió al encuentro con mucha determinacion, considerando, que la novedad de el caso, espantaria mas à los Enemigos, que pensaban, que su designo estaba secreto. Mandò hechar Pretales de Cascabeles à los Caballos, para que pareciesen mas con el ruido, y cada uno oiese adonde andaba el Compañero, y procurasen de herir con las Lanças, pasando por el Rostro, à los Enemigos, porque valientemente hechaban mano de ellas, y se las arrancaban de las Manos; y diciendo à los Soldados, que

con la virtud avian de vencer aquella multitud, acometiò à tiempo que las Espias, cortadas sus Manos, estaban refiriendo lo que les avia acontecido: cosa, que al General, y à los que lo entendieron causò gran turbacion; pero fue maior la que recibieron, viendose tan impensadamente sobrefaltados, y embestidos, y así no parò Hombre con Hombre, sino que sin resistencia, desbaratados, huieron por aquellas Sementeras de Maizales, que avia muchas en aquella Campaña; y aunque se hizo gran mortandad, brevemente recogió Fernando Cortès su Gente con cuidado, porque con el gusto de la Victoria, no se metiesen en parte de donde no pudiese salir, ò recibiesen algun daño: y fue cosa notable, con quanta humildad, y devocion bolvian todos alabando à Dios, que tan milagrosas Victorias les daba, en Tierras no sabidas por ellos, y tan pobladas: de donde se conocia claro, que los favorecia con su Divina asistencia, de que estaban muy contentos, aunque fatigados de los trabajos, y de las heridas, porque faltando el Aceite, para curarlas, muchos no tuvieron otra Medicina, sino unto de algun Indio muerto, que apenas podian haver; porque (como arriba se dixò) retiraban con diligencia los Muertos.

El Dia siguiente, viendo Fernando Cortès la Gente alegre, dixo, que pues hasta entonces Dios tan notoriamente les avia ayudado, seria muy gran culpa de todos, sino continuasen en llevar adelante lo comenzado, con doblado animo, y que para ello convenia apretar mucho à los Tlaxcaltecas, para que despues los tuviesen por maiores Amigos, pues nada les seria mas provechoso, de quanto en Nueva-España les podria acontecer, que estar Confederados con esta Republica, lo qual se avia de conseguir, llevando adelante las Victorias, que contra ellos avian tenido. Todos los Capitanes, y mas Principales Soldados se remitieron à su voluntad, ofreciendo de seguirle adonde los llevase. Xicotencatl, muy corrido de los ruines Sucesos, que con los Castellanos avia tenido, se recogió à Tlaxcalla: Maxicatzin, y los demás Señores, le dixeron, que fuera mejor aver tomado el consejo primero, y escusar la muerte de tantos, que avian perecido, à manos de aquellos Valientes Hombres, cuyo Dios los favorecia; de

ma-

manera, que no tenia para que porfiar mas, para perder siempre de la reputacion de aquella Republica. Fernando Cortès viendo, que no parecian Enemigos en la Campaña, se subió sobre la Torre de el Templo, adonde tenia el Alojamiento, y descubrió muchas Poblaciones, y particularmente, àcia unas Sierras, cantidad de humos; y baxando de la Torre, dixo à los Capitanes, que le parecia, que aquella debia de ser gran Poblacion, y que pues los Enemigos no parecian, era bien no perder tiempo, sino executar lo acordado. Y en llegando la Noche, aviendole bien demarcado la Tierra, que avia reconocido, con la mitad de la Infanteria, y los Caballos, determinò de probar la fortuna, y se metió por un gran Camino, que segun su demarcacion, juzgò, que iba à dar à los humos, que avia visto: y aunque era cosa temerosa, la mucha escuridad de la Noche, el poco uso, que tenian de andar en aquella hora, el ir por Tierra no conocida, y el no saber adonde darian con los Enemigos, animosamente caminaban, y apenas aviendole andado una Legua, caió un Caballo. Mandò Fernando Cortès, que se volviese al Quartel: caieron luego otros dos, uno tras otro, y luego hasta cinco. Dixeron los Soldados à Fernando Cortès, que por amor de Dios, que se volviesen, y hiciesen sus cosas de Dia, porque aquel les parecia mal Pronostico. Respondió con animo fortissimo, y con señalado valor, que por amor de Dios, cuya causa trataban, que no mirasen en agujeros, y que prosiguiesen su Camino, pues él era el primero, y los Caballos se volviesen adonde avian salido, porque su animo le decia, que aquella Noche avian de hacer la maior fuerte, que jamás avian hecho. Y diciendo esto, se le caió el Cavallo, de que quedó espantado; y diciendo todos, que era tentar à Dios; y algunos, que daria con todo al través, con animo generoso, y severo, les dixo: que supiesen, que los grandes Negocios, no se hacian sin dificultades, y que se probase à caminar à Pie, con los Caballos de Rienda, para ver en que paraba aquel extraño accidente; y aviendole caminado buen rato de esta manera, los Caballos estuvieron buenos, sin que jamás se huviese podido entender, de donde procedió aquel mal; y aunque sospecharon algunos, que de alguna

Hechiceria de los Indios, en que eran tan usados; pero no era sino que el Frio de la Noche los resfriò, y diò aquel mal de Toroçon.

Caminando, pues, hasta perder el tino de las Sierras, dieron en unos Pedregales, de donde con dificultad salieron, y viendo una Lumbre, se fueron à ella: hallaron en una Casa dos Hombres, y dos Mugerès, que los guiaron àcia las Sierras; adonde Cortès descubrió los Humos; y antes de amanecer, dieron en unos Lugarejos, adonde fue maior el espanto, que el daño, que hicieron, y llevando ya lengua, que allí cerca estaba Tzinpáncinco, Lugar grande, dieron de presto en él, causando extraña alteracion, por el sobresalto. En el principio se hizo algun daño; pero viendo la Gente amedrentada, unos en Carnes, huyendo, las Mugerès gritando, y los menos con Armas, todos como de acacimiento no pensado, turbados, y espantados, huyendo, sin aguardar el Padre al Hijo, ni el Hermano al Hermano, desampararon el Pueblo. Fernando Cortès, no viendo resistencia, mandò, que no se mataste à nadie, ni se tomase nada, y con señas, y por la mejor manera, que pudieron, se sofegò el rumor, y à la Gente de el Lugar se aseguró. Subió Cortès à un Alto, y descubrió tanta Poblacion, que le puso espanto, preguntò, que era? Dixeronle, que la gran Ciudad de Tlaxcalla, con sus Aldeas. Llamò à toda su Gente: y dixo, que huviera aprovechado matar la Gente de Tzinpáncinco, pues avia tanta allí, y volviendose à Alonso de Grado, que era Alcalde Maior, le dixo: Que atento la muchedumbre de Gente, que descubrian, que le parecia, que hiciesen? Respondió: que retirandose à la Mar, escribiesen à Diego Velazquez, que embiasse Socorro; porque si les sobrevenia algun inconveniente, (como seria Enfermedad) no avia duda, sino que serian todos comidos de los Indios. Mucho sintió Fernando Cortès esta respuesta, especialmente tocando en Diego Velazquez; pero dixole, que advirtiese, que en tratando de retirada, las Piedras les avian de ser contrarias, y que si su muerte era cierta, mejor era acabar, llevando su intento adelante, que huyendo.

CAP. XXXIV. Que los de Tzinpancenco se ofrecieron de hacer Amistad, entre Cortés, y los de Tlaxcalla; y el Raçonamiento, que hizo à los Soldados, por el Alboroto, que entre si avia, y pechos alterados, con que andaban.

RECOGIOSE Fernando Cortés à vna Fuente, que estava fuera del Pueblo, adonde visto, que no se hacia daño ninguno, salieron los Principales con mucha Gente desarmada, llevando cantidad de comida; Agradecieron à Cortés, el no les aver hecho mal, que pudiera: Pidieron, que no se permitiese, que se les hiciese alguno, ofrecieron de obedecerle, y interceder con los Señores de Tlaxcalla, que se hiciese Amistad entre ellos. Regalólos mucho, ofrecióles buena Amistad, como ellos se la guardasen, y se bolvió al Alojamiento, alegre, y confiado de buenos sucesos, diciendo à los Soldados, que no dixesen mal del Dia, hasta que fuese pasado, y que esperaba, que la Guerra de Tlaxcalla era acabada, como verian; y que si así era, Dios les tenia guardada mucha felicidad. Estaban los del Exercito muy tristes, temiendo por el mal de los Caballos; algun Desastre, que por muchas razones juzgaban, que podría aver acontecido à Fernando Cortés; pero quando le vieron entrar por el Real, Alegre, y arremetiendo el Caballo, con toda la Gente buena, y algunos de los Indios de la Tierra, todos con mucho regocijo, acadieron à darle la Bienvenida. Contóles por orden quanto le avia sucedido, oíendole todos con gran atencion, y admiracion; pero quando se entendió la Grandeça de la Poblacion de Tlaxcalla, la multitud de Gente, Porfiada, y Belicosa, y considerando los Acacimientos desgraciados, que podrían sobrevener; la poca esperanza de Socorro, con que se iban metiendo à ciegas (como ellos decian) por Tierra no conocida, y que desde que salieron de Cuba, se avian muerto cin-

quenta y cinco Castellanos (de Enfermedades, y en aquellas Batallas de Tlaxcalla) començaban hacer corrillos, determinando de persuadir, y aun requerir à Fernando Cortés, que mirase mejor por la publica salud, y no los metiese adonde facilmente no pudiesen salir; pues tan notorio era el peligro, ofreciendo de seguirle en maiores trabajos, pero con fuerças competentes; pues las que llevaba eran muy flacas; en tan poderosa Tierra. Los Maiores Amigos de secreto, le aconsejaban, que proveiese en ello, sin esperar, que la Gente se le amotinase. Decia, que no era tanto el temor, como lo pintaban, ni avia causa para ello; y que los Inventores de esto, eran algunos deseosos de volver à las Comidas de Cuba: Rogabales, que no le llevasen tales nuevas, pues que no podia creer tal flaqueça de Pechos Castellanos, especialmente aviendo hasta entonces tenido tan buenos sucesos. Una Noche, saliendo à rondar, y visitar algunas Centinelas, oyó hablar alto, escuchó, que decian ciertos Soldados: si el Capitan es Loco, seamos Nosotros Cuerdos, y digamosle claro, que mire lo que conviene, donde no, que le dexaremos solo: Dixo à ciertos Amigos, que con él iban, que quien aquello osaba decir, que tambien lo osaria hacer; oíd lo mismo, en otras partes, de que le pesó mucho, quisieralo castigar, pero parecióle, que era mejor pasarlo en disimulacion; y porque fue avisado, que el rumor crecia, mandó juntar el Exercito, y hizo el siguiente raçonamiento.

Señores, Yo he sabido, que no por miedo, (pues en Vosotros no puede haber) sino por el deseo de volver à Cuba, ó por la dificultad, que os parece, que tiene esta Jornada, deseais, que volvamos à la Mar: Y cierto, que si de este parecer no se siguiere nuestra Perdicion; y lo que peor, es nuestra infamia, de buena gana concurriera en vuestra opinion, por que como todos los demás, si esto la hambre, temo los peligros, y los trabajos. Nombrafesme, Señores, por vuestro Capitan, y Yo siempre he procurado de tratar à todos como Amigo, y Compañero, no desamparando à nadie en los maiores trabajos, y peligros: y pues que esto no se me puede negar, justo será, que en lo que dixere, se me de credito, pues que

CAP. XXXV. Que el Rei de Mexico sabe las Victorias de Cortés, y le embia vn gran Presente, y que pelea otra vez con los de Tlaxcalla, y le embian Embaxadores, y se hace la Paz, y las alegrías, que se hicieron por ello.



AUIENDO SE ya Motecuhcuma desengañado, por este tiempo, de la falsa opinion, que tenia, de que nuestros Castellanos eran

Dioses, y sabiendo ya de cierto, que eran Hombres, como los demás, y que venían entrando la Tierra, con animo de llegar à su Ciudad, hizo otra vez Junta de los de su Consejo, entre los quales se hallaron Cacama, Rei de Tezcucuo, y Cuitlahuac, Señor de Ytzapalapan, y tratóles de nuevo el caso, y pidióles parecer, sobre lo que se debia hacer à cerca de ello: y aunque el Rei Cacama debia hablar primero, como en otras ocasiones acostumbraba, guardó respeto à Cuitlahuac, por ser su Tio, Hermano de Motecuhcuma, y pidióle, que dixese, lo que sentia. El qual tomando la mano dixo: Que le parecia, que se le embiasse vn gran Presente à Cortés, y que se le embiasse à decir, que mirase, lo que queria de su Tierra, para aquel gran Principe, su Señor, y que se le daria todo con mucha voluntad, y que no solo en lo presente, sino tambien en lo por venir se le ofrecia mucha, y muy buena Amistad; pero que le pidiesen, que no pasase à Mexico, por inconvenientes, que avia, y que se bolviese con lo que se le diese, y con esperanças de recibir mas otras veces, que viniese, y con esto calló. Habló Cacama muy al contrario, diciendo: Muy alto Señor, no contradigo, ni repruebo, lo que mi Tio Cuitlahuatzin ha dicho, pero soi de parecer, que embiafese à mandar à los Governadores, y Capitanes, por donde pasan, que los regalen, y reciban, como à tu propia Persona, y que les dixesen, que si quieren venir à tu Corte, que ven-

gan, del bien, ó del mal, que sucediere no me ha de eaber menos parte, que à qualquiera. Todos somos Castellanos, Vasallos de vn mismo Rei; hemos descubierta Tierra, qual Christiano, ni Infiel jamás halló. Hemos començado à ilustrar la Fama de Castilla, y acrecentar el Imperio de Nuestro Rei, y para Nosotros tantas Riqueças, que de Pobres, todos seamos Ricos, y lo que mas se debe estimar, es desengañar à estos Idolatras, de su ceguedad, y estirpar sus Vicios, Servicio à Dios tan acepto, que mal sería no poner el ombro con animo invencible à llevarlo adelante; y si estas causas son bastantes para continuar en nuestra demanda, nadie ponga la imaginacion en trabajos, pues es cierto, que sin ellos nada bueno se consigue. Y pues que hasta aora no tenemos de que quejarnos, pues Dios nos ha dado tan grandes Victorias, confiando en él que las aumentará, no le desirvamos con nuestra Passanimidad, sino prosligamos ensalzando à Nuestro Rei, estendiendo el Nombre Castellano, con inmortal fama, acrecentando nuestro estado con mucha prosperidad, pues de lo contrario, infamia, menosprecio, y vileça se nos ha de seguir, y lo que peor es, la muerte; pues esta Gente Barbara, y Cruel, que veis bien armada, lucida, y mucha, como decis, (y Yo os lo confieso) en viendo que volvemos el pie atrás, nos ha de perseguir hasta acabarnos, y lo que peor es, que la que queda atrás, nos ha de dar por las espaldas. Bolvamos, pues, sobre Nosotros, dexemos à vna parte tan vil pensamiento, y si es que hemos de morir, sea inmortalizando nuestra Fama, y no infamando nuestras Honras, aliende de que Yo espero, (y lo aseguro mediante Dios) que se verán los bienes, que prometo de esta Jornada, para la qual es muy necesaria la constancia en las cosas contrarias, porque significa grandeça de coraçon, y de fuerça, y la moderacion en las prosperas, arguie animo superior à la fortaleza.

